



En vano la religión
quiere con ira mortal
matar la revolución
que engrandeció á Portugal.

CHARLA INSUSTANCIAL

En un punto me agrada la intolerancia y encuentro muy plausible que se practique, y es un punto que tiene tanta importancia que creo digno de aplausos á quien lo indique.

Si se imponen severos, justos castigos al que hace de los niños un instrumento y los lanza á la calle como mendigos que demandan limosna con triste acento; si se le imponen multas al *empresario* que de tal modo abusa de la inocencia, creo que del mismo modo sea necesario cuidar cuanto se pueda de la decencia.

Hace unos cuantos días que leí con gusto que á uno de esos infames explotadores los de la policía dieron un susto y todos aplaudimos á esos

señores; pero que, francamente, me supo á poco lo que hizo en ese caso la policía, que imitó simplemente lo que hace el *coco*, que se deja á los gordos siempre en franquía.

Yo creo que hacer que un chico se vuelva un vago y que saque dinero para bergantes no merece, por cierto, ningún halago y aun la multa y la cárcel no son bastantes. Que el rigor de las leyes sobre el os caiga y que no exista influencia que lo mitigue y el que en tales deslices audaz recaiga, señores de la *poli*, ¡que se castigue!

Pero, amiga lectora, tengo barruntos de que hay peores abusos que los citados, de que hay otros más grandes en ciertos puntos que son también más graves, más delicados.

No doy explicaciones por la decencia, pero si se me escucha basta el apunte. Se explora de níl mocos la inexperiencia y lo sabe cualquiera sin que pregunte.

Se dice, se asegura, se da por cierto, que ciertas aves, cuando se ven en peligro, se esconden en un refugio, en donde las colocan muy a cubierto, gracias al denso velo de un subterfugio.

Yo no sé si eso es cierto, señor Portela; pero tanto lo dicen que yo lo creo, y como sé que siempre vucencia vela y que es hacer justicia su gran deseo, sin que yo en este punto nada atestigüe, le pido simplemente que haga justicia y si hay algo de cierto que se averigüe y no campe á sus anchas tanta malicia.

No haga caso de gritos de don Dalmacio ni de esos que por Cristo díz que batallan; el que mas y el que menos se hace el reacio y en llegando á este punto todos se callan.

Deje que hablen ó callen esos señores; pero en estos momentos obre de modo que no pueda abusarse de los menores; ¡aquí es donde se encuentra la *ola de lala*!

Allí se ve el mal más grave, allí la decencia está pidiendo graves resoluciones, que las leyes protejan la inexperiencia y no se ande con torpes contemplaciones.

Yo espero, si se fija, que se convenza de que el mal se ha extendido. de que es muy hondo y de que es un peligro y una vergüenza que esto no se limpie, pero hasta el fondo.

SOLFANELLO.



—Don Tirso, ha crecido usted.
—Hombre, es cosa muy corriente que crezcamos los ministros si baja el contribuyente.



Tendido de la nueva Plaza de Toros ocupado por señoritas luciendo la española mantilla blanca, en la corrida a beneficio del Centro Madrileño

¡IA MARRUECOS!

Yo creo firmemente,
yo estoy convencido
de que ir á los moros
á civilizar
es, al fin de cuentas,
perdonen la frase,
un contrasentido
y una enormidad.

—
Aquí que tenemos
apaches, carlistas,
cabilas y gentes

del mismo montón,
debiéramos, antes
de ir á casa ajena,
mirar cómo andamos
en ilustración.

—
Aquí, que los mitines
acaban á tiros,
aquí, que en los cines
se suele apalear,
aquí, que es la fuerza
de gran argumento,

queremos meternos
á civilizar.

—
Aquí, en nuestras barbas,
entre trabucazos,
se han lanzado vivas
á la Inquisición.

—
¡Y queremos á otros
enseñar cultera
y llevarles nuestra
civilización!



Llegada de la notabilísima banda del 57 regimiento de infantería francesa

Si nos propusiéramos
llevar á Marruecos
á los muchos moros
que campan aquí,
fuera pensamiento
digno de alabanza
y beneficioso
para este país.

Meter en un jaique
á J. Vin-Aix,
meter á Marcilla
en un albornoz,
calzar de babuchas
y poner turbante
al impenitente,
moreno Llaó.

Fuera ciertamente
trabajo fecundo
y obra respetable
de moralidad.

Acaso perdieran
con ello los moros,
pero ganaría
mucho esta ciudad.

Si este pensamiento
alguien consultara,
guardando reserva,
con Mir y Miró,
Quizás lo aplaudiera,
porque piensa el hombre
que en punto á mujeres
Mahoma lo acertó.

Mandar á la Colla
á que conquistara
aquellas abruptas
montañas del Rif
sería lo acertado,
lo digno de aplauso,
lo más conveniente
para este país.

FEDER SPIEGEL.



Corona que ha modelado el notable escultor catalán don José Camoeny, por encargo del Cuerpo de Artillería, que así rinde un tributo de admiración á los heroicos defensores de Tarragona. Es de bronce y tiene 1.30 metros de diámetro.

¡CÓMO ESTÁN LAS CRIADAS!

—¡Vaya usted con Dios! Pero ¿qué significa esto? ¡Tan madrugadora!... ¡Tan sofocada!...

—Voy de trapillo y á la compra. Otra vez estoy sin criada.

—¡Qué fastidio! ¿De modo que aquella crítica de Calzas sacó malas mañas?...

—¡Uf! Sería el cuento de nunca acabar. Y que parece que me echó la maldición; hace una semana que se fué y ya he tenido que despedir á tres. Le digo á usted que estoy aburrida.

—¡Ya tenemos buena cruz con estas pécoras!

—¡Y los humos que tienen! ¡Y qué exigencias! La última que tuve me dijo que cuántas veces á la semana comíamos langostinos en casa y que todos los días necesita una hora libre, de siete á ocho, para hablar con su novio. ¡Ah! Y que el médico le había recomendado que comiera mucha carne asada y que bebiera agua de Verin en las comidas.

—¡Se necesita barra!

—Lo que usted oye. Y de los salarios no me diga usted nada. Una cochamandrona recién llegada del pueblo, que no sabe fregar un plato, ya le pide á usted enseguida tres duros como tres soles.

—Cuatro le doy yo á la mía y ni siquiera sabe hacer un bacalao á la llana.

—Y siempre se están quejando del quenacer...
Ya ve usted, en casa sólo somos siete, y cuando



M. Baraier, eminente maestro compositor que dirige la banda del 57 regimiento francés de infantería.

te con sus manos la garganta de Miguel como si la acariciara tiernamente.

—¿Qué haces?—preguntaba Miguel con la voz tenue y mortecina que le permitía una respiración fatigosa, lenta y apagada.

—Ya lo ves, abrazarte—le contestaba Carlota con voz de miedo
Y los ojos de Miguel se cerraron como si se abandonaran al sueño.

Carlota estrechó poco a poco sus manos en aquella garganta bien amada. Y apretó, apretó suavemente.

Cuando llegó el médico, el viejo médico de las gafas de oro, el hombre indiferente y sereno que no alteraba nunca sus palabras, ni revelaba jamás sus juicios concretos, dijo a la esposa que su marido había muerto. No le extrañaba. La bala había rozado los pulmones y hubo un momento en que el herido no había podido respirar.

Y Carlota con la vista fija en el suelo nada dijo, ni el doctor nada insistió, respetando el gran dolor mudo de la recién viuda.

Ella, aun en medio de su dolor, pensaba en que muerto Miguel dentro de los treinta días, habría de caer sobre Juan del Villar el peso entero de la ley.

PEDRO DE RÉPIDE.

plta escena, solo, doblegada la sien por el peso de los aplausos. Después atravesaba por una calle. Inmensos carteles cubrían las tachadas, mostrando su nombre, el nombre del glorioso artista, con tan gruesos caracteres que no era posible distinguir el nombre del autor de la obra, ni el título de ella.

No obstante, los años pasaron sin que sonara la hora de la justicia. Representaba siempre los personajes de último orden, ó sea aquellos á que no se referían los programas. Uno después de otro, y en la misma obra, aparecía de repente, de invitado, de viejo, y noches enteras pasaba por la tortura de oír á sus camaradas recitar largos monólogos que él sabía á conciencia y los cuales repetía con pasión, como si hubiera pretendido caldear la sala con el fuego sagrado que corría por su ser.

Al escuchar los aplausos murmuraba, alzando los hombros:

—¡Esperad!... ¡Ya llegará el día en que escuchéis!...

Un día, viejo y baldado, suspiró:

—¡Si yo hubiera podido!...

Desde entonces cada una de sus esperanzas marchitas convirtióse en pajar. Si se esforzaba por recuperar el ánimo perdido, le mostraba el espejo un rostro de tal manera enjuto y extraño que en el repertorio teatral entero no encontraba personaje que tuviese los ojos más extinguidos y los labios más amarillentos y tristes. Así, dándose cuenta poco á poco de que para él había pasado ya el tiempo de los amores, la fortuna y la verdadera gloria, concuyó por no forjarse más ilusiones y por no conservar de otros sino el sueño más humilde, que era también el más sabio; ver su nombre en la mejor plaza, pero no en París, tan difícil de conquistar, sino en cualquier pueblo, no importa donde, en el más desmedrado, en una aldea, para poder hacer lo mismo que otros: colocar en su cuarto un letreiro que evoque ese instante de embriaguez fugitiva, que perfumara su miseria más tarde, siempre.

Lo malo fué que un día en que se encaminaba en sueños, según costumbre, hacia la gloria, se le vino encima un coche. El auriga era un viejo y el cuadrúpedo estaba fatigadísimo. Cualquiera muchacho se hubiera reído del accidente;

pero llevaría y la herba y el fango, en la calzada, hacían resbalar al cuadrúpedo. El caballo y el hombre encontráronse. El hombre, ya viejo, dió un paso en falso; el caballo, viejo también, se dobló; rompióse uno de los tiros, volcaron las ruedas oyóse un clamor, sonó un grito doloroso, tan largo como débil, y después nada.

Las piernas del hombre fueron cogidas por las patas del animal y el pecho aplastado por una de las ruedas. Allí permaneció inmóvil hasta que se le extrajo. El cuadrúpedo, en su forcejeo, le había herido el cráneo con la herradura, y la sangre, que manaba en gran cantidad, comunicaba un aspecto de grandeza terrible á la faz de la víctima. Con esfuerzo de bestia herida, intentó volverse al otro lado, pero volvió á caer, cerrando entonces los ojos.

Una mujer, al verle así, exclamó:

—Está perdido...
Oyólo sin demostrar miedo. A pesar de todo, una tristeza más grande que el dolor que sentía le invadió la mente. Pensó que iba á morir tirado en la calle, como un perro, sin una mano que sostuviera su frente mutilada, sin una voz de consuelo que le fortaleciera al ir la muerte á asestarle el golpe decisivo. En tan amargo trance, díjose adios. Entónces no se volvió á mover, por lo cual la gente, dándole por muerto, inclinóse para ver la extensión de su herida. Alguien le registró el bolsillo, en solicitud de un trozo de papel, un sobre, para averiguar quién era. Uno de los que allí estaban exclamó:

—Conozco esta cabeza... Debe ser de un actor llamado Morgant... Estoy seguro de que la he visto en el proscenio. El infeliz, en aquel instante, abrió los ojos.

¡Su nombre!... ¡Habían pronunciado su nombre!... ¡Le habían reconocido!

Adivinaba en los rostros de aquellos transeúntes una muda admiración. Ya no sentía el frío de la muerte, ni dolor alguno, porque volvía á soñar. «Esta tarde—se decía—cuando lleguen á sus casas dirán con entusiasmo y admiración: «He visto morir á Morgant... ¡Bien vale esa gloria tan horrible muertel... La sangre corría más veloz de la frente al cuello; el dolor, más espantoso que nunca, le hacía estremecer. Estuvo á punto de gritar, pero se rehizo. Antes

te diálogo de la víspera, el monótono y aterrador diálogo de todos los días.

Más tarde, Clara Bernal, la amiga de siempre, la buena compañera de Carlota, acudió, como de costumbre, á ofrecerle el consuelo de compañía.

—Es muy difícil que se salve—decía Carlota con voz de angustia y de sollozo.

—Pero el asesino recibirá el castigo—contestaba Clara pugnando para mitigar una tristeza para la cual ella sabía que no era posible alivio alguno.

—No. Ese miserable tendrá la suerte de que Miguel pase de los treinta días sin peligró. Sin embargo, le habrá matado y para muchos no será su asesino.

Y los sollozos estrallaban y su pena mal contenida hallaba desahogo en los brazos de la buena amiga.

Y llegó la tarde, y el día se perdió poco á poco, y llegó la noche aterradoramente con su correo de sombras y fantasmas. Carlota, á solas con el enfermo, mirábase con éxtasis supremos, y cuando vela sus ojos cerrados por un sopor enfermo acariciaba aquellos párpados como si temiese que no se abrieran más.

Oculta entre los damascos del cortinaje, dentro ya del recinto del lecho, parecía como si se asomase á otro mundo, como si hubiese traspuerto los umbrales de otra vida. Era aquella una región de amor y de misterio, isla encantada en medio de una ciudad.

Carlota contemplaba al herido en el paroxismo de un arrebatamiento extraño. Sentía que aquella vida se escapaba y sabía que aquel crimen no había de tener el castigo que merecía. El tiempo transcurrido desde el suceso. Una benevolencia de los médicos en los dictámenes. Tantos cosas podían influir para que el agresor no fuera debidamente castigado. Y su rencor de mujer que sufría dos dolores y dos ultrajes se revolvía al pensar que el canalía podía encontrar un hilo de salvación para no expiar cumplidamente el crimen.

Y el demonio de las venganzas, sutil y violento á la vez, se apoderó de su alma. Ya no tendría más á su marido, tardaría en llegar el momento mortal, pero sólo tardaría para salvar al asesino y no al herido. Y Carlota rodeó suavemente



En Vallvidrera.—Reparto de premios á los orfeones que resultaron victoriosos en el concurso celebrado recientemente.

vienen mi cuñada y mi suegra nueve, que esto no es nada, porque nueve personas las hay en cualquiera casa; pues siempre refunfuñando. Total, hacer siete camas, barrer ocho habitaciones, ir á la compra, guisar, fregar, lavar la ropa, planchar, peinar á las niñas, llevar á los niños al colegio, sacar al perro un ratito, limpiar la escalera, cepillar la ropa de mi marido y mis hijos y dar crema al calzado, y les parece que hacen un

mundo. Y eso que yo y las niñas les ayudamos mucho y trabajamos como unas negras; hay semanas que repasamos la ropa y planchamos media docena de pañuelos, y hasta zurcimos dos pares de calcetines; pues como si no hiciera usted nada; nunca están contentas.

--Como que quieren ser más señoras que nosotras. ¿No se ha fijado usted en el lujo que llevan?



Vista parcial de la nueva Plaza de Toros en la corrida del Centro Madrileño.

FLORILEGIO DE CUENTOS

—Pues que no se puede ir al lado de ellas porque parece una un pingajo. Mire usted, yo tuve una de Figueras que tenía el *descaro* de hablar el francés mejor que mi hija y llevaba medias caladas para todos los días.

—¡Anda! Tuve yo una tal Doro-tea, de Tarrasa, que estaba sus-crita a *La Moda Elegante* y se hacía enviar patrones desde París. Cuando salía los domingos á pa-seo ¡parecía una duquesa. ¡Cogía mi niña unas rabetas!... No por envidia, eso ni pensarlo, sino por-que á su lado parecíamos nosotras unas traperas.

—Claro; como ellas no tienen que pensar en nada, todo lo que ganan se lo echan encima.

—Lo que ganan y lo que *sisan*. Hay chica que cada día *se hace* cuatro pesetas para su bolso en la plaza... En casa en esto no pueden clavar mucho la uña porque yo alambico bien la cosa y sé bien lo que cuesta todo; pero si dan con una de esas señoras que no se cui-dan de nada, pronto echan la casa á pique.

—Y después de las *sisas*, como el señor ó el señorito sean algo blandos ó pegajosos, ¡ya se sacan sus regalitos, ya!

—¡Buena tecla toca usted! Yo tuve que echar de casa á una de Badalona por eso emperrada en que mi hijo le había de regalar unos pendientes de oro.

—¡Qué poca vergüenza!

—Eso le dije yo y me contestó: «Señora, cuando yo los pido es que los tengo muy bien ganados...»

—¡Qué atrocidad!

—¡Iguérese usted mi pobrecito Ernesto! ¡Un ángel sin malicia! Una criatura de veinticuatro años, que cualquiera lagartona ¡de estas los embauca y...

—Y que no vale pedir informes, porque nadie se atreve á darlos malos por miedo á esas arpías.

—Que son enemigos pagados.

—Destructoras de las casas, porque de esto no hemos hablado. Lo que rompen! ¡Lo que estropean! A mí me han dejado sin platos y sin copas en cuatro días.

—Pues yo me he quedado con lo justo y gracias. En una semana ya ll. va tres copas, un *canti* y un plato soperero.

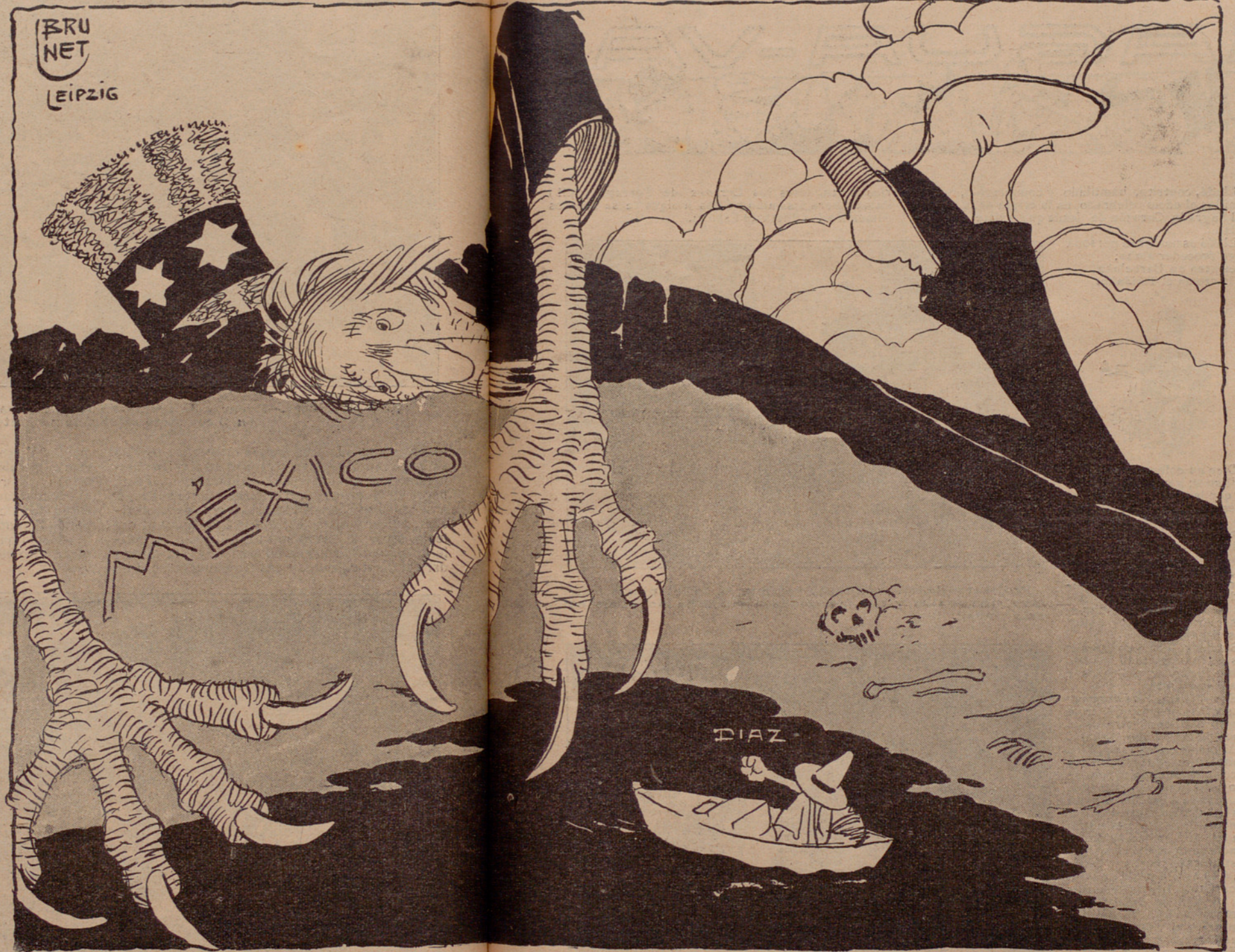
—Nunca piensan en lo que están haciendo y todo lo llevan barrín, barrán. ¡Como no les cuesta!...

—¡Sí, si son una calamidad!

—Pero, hija, indispensables, porque, ¿qué sería de nosotras sin ellas?

—Ya nos acostumbráramos; para hacer una *escudella* y freir un par de huevos no se necesita ser ninguna eminencia.

—¡Si fuera esto sólo! Pero luego vienen el barrido, los fregotes, las coladas, el subir y bajar



Ha triunfado el neafán, = como siempre, del «tío Sam».

á la tienda... En fin, que no puede ser y tiene una que doblegarse á ellas, porque no hay más remedio.

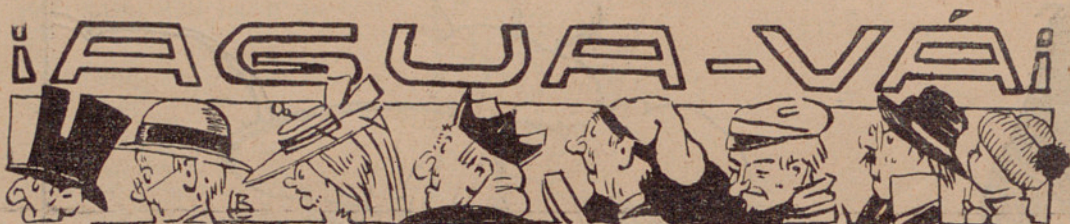
—¡Ay, Señor, y qué cruz!

—Sí, ya puede usted decirlo.

—¡Bueno está el servicio!

—¡Buenas están las criadas! No sé cómo hay mujeres que quieran ser señoras...

FRAY GERUNDIO.



Lladó, contrito, humillado y compungido, oyó de rodillas el oficio celebrado en la cripta de la capilla del Sagrado Corazón de Jesús que existe en el Tibidabo.

Lladó es una gran persona cuyo proceder alabo; si es ateo en Barcelona, es beato en el Tibidabo.



Dice un colega madrileño: "Eso sí; gente más azorada que la que acude al Congreso, no hemos visto jamás. La bocina de un automóvil, el timbre de los tranvías, el más pequeño grito les alarma y dispersa. Díganlo, si no, cuantos á las puertas de San Francisco corrieron asustadizos cuando los municipales de á caballo intentaron despejar de curiosos aquellos alrededores.

Sin duda, á esos congresistas les han pintado Madrid como lugar de múltiples y graves peligros.

Es verdad que las apariencias y las noticias que circulan no son para otra cosa. Hace un miedo que espanta.

Al pie de cada poste le los levantados; en torno de los arcos que se construyen, se ven seis ú ocho guardias. Parejas de á caballo ocupan las bocacalles centrales. Curándose en sazón, se anuncia que á la procesión del 29 concurrirán hombres solos... ¿Están los bárbaros en puerta, ó es que, á pesar de la fe eucarística, los congresistas no se fían de la Altísima protección que pueda dispensarles el Santísimo Sacramento?"

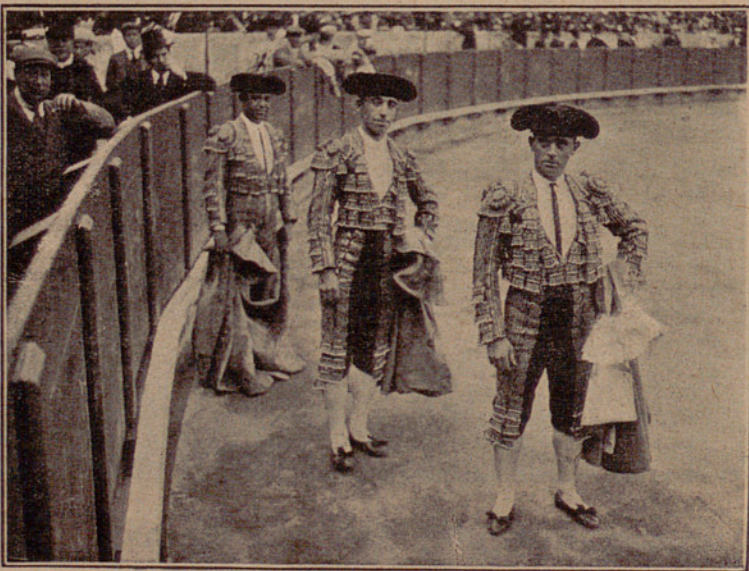
Es que, como en ciertas [fiestas, caro lector, no te asombres, ponen unos cartelitos que dicen: Sólo para hombres.

El Progreso, que antes llamó á los revolucionarios

portugueses los Lerroux de Portugal (¡¡¡¡!) llama ahora á su amo y á los amigos de su amo los Almeida y los Costa de España.



Profesores de la Banda del 57 regimiento de infantería francesa, que tantos y tan merecidos triunfos ha alcanzado en esta ciudad.



Machaco, Vicente Pastor y Mocaquito antes de dar comienzo á la corrida del Centro Madrileño.

días, también habría dudas, y el defensor las aprovecharía, para imponerle una pena severa. Si, por desgracia, su marido le usó de muerte dentro de los treinta días, caería sobre el asesino todo el peso de la ley.

—Pero Miguel se salvará pasado el mes?

—Vuelvo á decir lo que dije. ¿Quién asegura nada?

Y con ese rostro impassible de los hombres acostumbrados á hallarse todos los días cara á cara con el dolor, el viejo médico se despidió con una reverencia.

Y Carlota, anonadada, sintiendo sobre ella la garra enorme de la desventura, deslízase muy lenta hasta la alcoba donde Miguel se hallaba. El herido tenía un momento de reposo y dormía. Ante su faz livida é inmóvil vieron los ojos visionarios de la enamorada cómo las alas de la muerte pasaban sobre él y rozaban aquella frente tan noble y tan serena. Tuvo irrisión de miedo y, acercándose con paso quedo, acercóse á sentir si el esposo respiraba todavía. Y respiraba.

Sin embargo, quiso convencerse mejor y le llamó muy suavemente. Y el bien amado abrió muy despacio los ojos y dejó los dulcemente puestos en los de ella.

Reposaba el esposo en un techo ancestral, un amplio lecho de parada, con sus columnas de caobi oscurecida por los años. En los intercolumnios grandes damascos carmesíes caían hasta plegarse sobre el tapiz. En aquel lecho habían nacido, habían amado y habían muerto sus abuelos hasta muchas generaciones de su estirpe. Tenía algo de templo, algo de camarín y algo de panteón.

Ante el halago de la mirada del esposo, Carlota sintió luz y calor en su alma yerta.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

Y él, haciendo un esfuerzo por sonreír y otro esfuerzo para que su sonrisa no fuera una mueca, la contestó:

—Bien estoy, bien estoy junto á tí.

Y sus ojos, mal de su grado, tornábanse á cerrar. Y ella le contemplaba con los ojos inextinguibles de una esfinge.

Al otro día, en el cual cumplíanse los veinte y ve desde que Miguel cayó herido por la mano traidora de Juan del Villar, Carlota vió amanecer sentada junto á la cabecera del doliente. Cuando el médico fué llegado, repitióse entre ellos el tris-

podía llorar, gemir, porque ignoraban su nombre... Ahora sí que no podía hacerlo porque era preciso que todos sus admiradores vieran cómo sabía morir Morgant... Por eso no gritó.

—¡Tengo mi público entusiasmado... Sucumbo en plena apoteosis, y él estará conmigo hasta despues de mi agonía; y mañana leerá mi nombre en todos los periódicos... No puedo morir más dulcemente...

Mas de pronto hacia el lado opuesto de la calle oyóse un clamor. Varias personas decían:

—El automóvil del gran actor Mounnet-Sully ha volcado un carruaje de alquiler... Ha sido un choque atroz. De pie sobre el imperial de los ómnibus, la gente grita, gesticula.

El moribundo abrió los ojos. Estaba solo ya, en plena calle todavía. Un agente de orden público tomaba notas con precipitación, antes de correr en auxilio de la víctima infeliz.

Morgant, en su desvarío, oyó:

—El gran Mounnet-Sully no resultó herido... Mounnet-Sully... Mounnet...

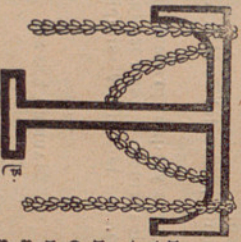
Entonces Morgant levantó la cabeza. Algunas lágrimas corrieron por sus mejillas y exclamó:

—¡No se hablara de mi accidente, sino del de Mounnet-Sully!

Y como no habla nadie por allí cerca ya que presenciara cómo sabía Morgant morir, con los riñones destruidos, quebrada la nuca y la faz en el lodo... se dejó morir simplemente como un cualquiera.

MAURICE LEVEL,

DENTRO DE LA LEY.



DAYÉRONLE una noche mal herido. Veintiocho días hacia que Miguel de Vargas luchaba con la muerte. Su rostro, rostro de otra edad, imagen de retrato antiguo, pálido, venía como una carátula de marfil donde un artífice exquisito hubiese labrado la santa faz del Señor Jesucristo en su tránsito glorioso después de la doliente agonía.

Aquel cuerpo gallardo del último heredero de la linaje de los Vargas había caído como rama de roble abatida por la centella. Cuando Carlota Sandoval hubo de recibir así el casi cadáver de su esposo bien amado, de aquel hombre á quien ella amaba y reverenciaba con la más noble sumisión, pensó morir ella también. Y si no murió en el momento fué porque aquel cuerpo maltrecho requería cuidados de abnegación, solicitudes de cariño que ella tan sólo podía y debía consagrarle.

Con unción religiosa llegábase á su lecho y no apartábase de él más que para dirigir entre las gentes de su servicio cuanto fuera menester para el alivio del herido. Canto de la aplicación de los remedios se trataba no lo confiaba Carlota á persona alguna. Solo á sus manos, alas y suaves como lises, érales licito llegar hasta aquella carne, hasta aquel pecho, arca fuerte guardadora de un gran corazón, arca profanada por el brazo alevozo que envió sobre él los plomos homicidas.

Fuera un accidente cualquiera, fuese un infortunio que el azar envió ó que el mismo Miguel de Vargas habíase buscado, y aquella esposa tierna y valerosa como una mujer bíblica le cuidara amante de todos modos. Pero Carlota sabía quien era el desalmado que en una noche oscura había disparado sobre Miguel en las tinieblas y el misterio de una calleja solitaria. No valió al agresor la cobardía de buscar la impunidad en las sombras. A tiempo fué apresado y la justicia pesaba sobre él. Carlota sentía otra herida en su alma al saber que el miserable Juan del Villar, el hombre cuyas audacias de liviandad ella rechazara una vez y otra vez, era quien habla querido arrebatársela aquella vida que era su valimiento y su defensa á más de ser su amor.

Veintiocho días hacia que el doliente parecía unas veces avanzar hacia el reino ignorado donde la muerte tiene su trono de azabac y otras parecía que la fea descañada le abandonaba al mundo como si no le quisiera tan presto para llevarlo á sus estados. Cada vez que el mélico abandonaba la estancia del herido dejaba en Carlota un dolor buido ó una esperanza más cruel que el dolor mismo porque llevaba la duda de su confirmación.

—¿Se morirá, doctor?—le preguntaba llena de ansia y de tristeza.

—¿Quién asegura nada?—respondíala el viejo sabio de los lentos de oro, con un exceso de prudencia y de temor de aventurar conceptos.

—Nuestro abogado me ha dicho que de la duración de la herida depende la pena que se le imponga al criminal.

—Y ha dicho bien el abogado. Si curase Miguel antes de los treinta días, la pena impuesta á su agresor sería pequeña. Si muriese, Dios no lo permitía, después de esos treinta

El Progreso no se enmienda y sigue con sus locuras; por más que apriete el verano él tiene siempre frescura.

El Congreso eucarístico se celebra con gran entusiasmo, según los diarios católicos.

No dudamos de ese entusiasmo.

Lo que dudamos es de la causa que lo pregona.

Porque ya se han dado casos de personas muy... discretas dispuestas a entusiasmarse en mediando dos pesetas.



Según un periódico, dice que al Congreso eucarístico han asistido algunos randas vestidos de cura.

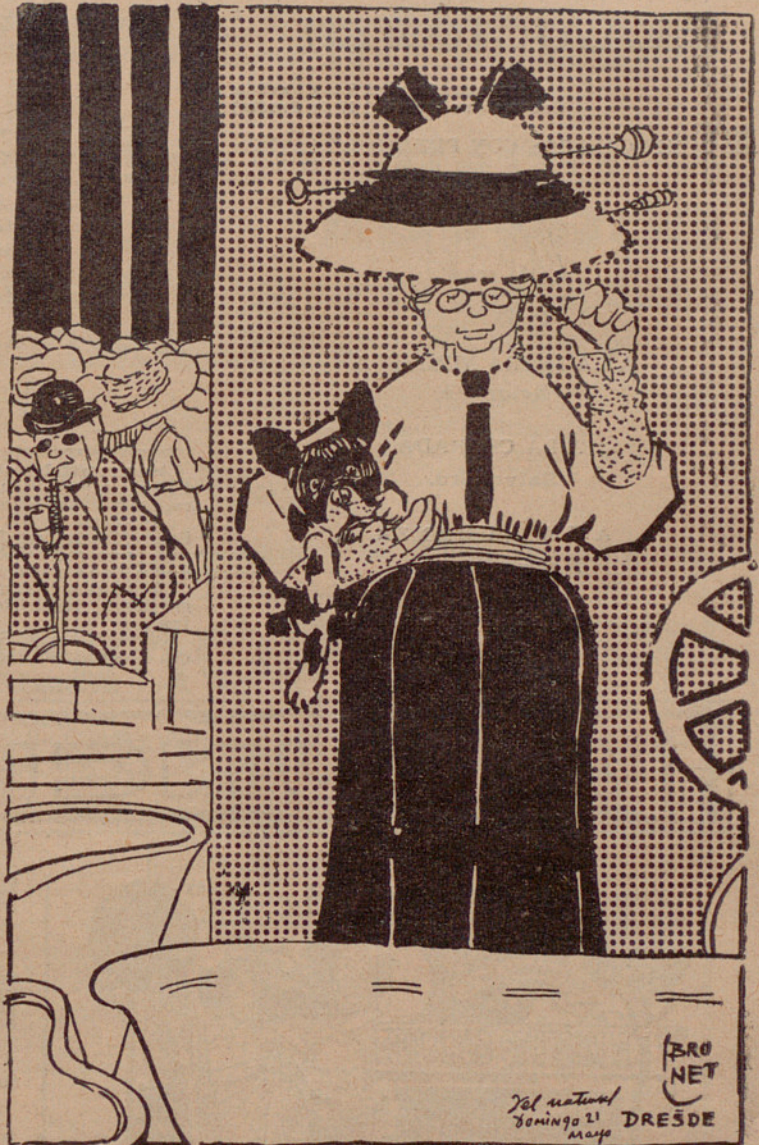
—¿Por qué — preguntaron á uno — al traje imprimes tal mancha? Y contestaba el granuja: —¡Se reduce á una revanchal

El busto de la República colocado en el salón de sesiones de las Cortes portuguesas es el que posee el Casal Catalá establecido en Lisboa.

Si así como nuestros países nos les prestan el busto ellos nos prestaran lo que el busto representa...

Porque en España en tanto que el pueblo no acabe de vencerse de quien mientras actúan Lerroux y compañía no hay República posible, no iremos á ninguna parte.

República con la *Co la*
¿qué República sería?
República con los seides
¡que paga la monarquial



LAS MUJERES ALEMANAS

Una excelente señora que, cargada con su perro, es en el r. sde una oradora de lo mas chic del Congreso.

¿QUEBRADEROS DE CABEZA!

CHARADA

de Jaime Basas.

- ¿Dónde compras esta *pr ma segunda*?
- En casa de Pedro que ahora vende *todo*
- ¿Ti ne mucha parroquia?
- Ya lo creo; ahora la están terminando un *prime-ra tertia* y así el próximo e *segunda tertia* podrá hacer el reparto á domicilio.

CONVERSACIÓN

de Valentín Vall y Font.

- ¿Quieres venir mañana, Dorotea, á recibir á mi hijo José?
- Si me es posible iré. Y ¿de dónde viene?
- Del punto que te he nombrado anteriormente.

SOLUCIONES

*(Correspondientes á los quebra-
deros de cabeza del 17 de Junio.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

41

A LA LETRA NUMÉRICA
Belgrado.

Á LA CHARADA
Salvadora.

A LA MUDANZA
Norma-Ramón.

Á LA PIRÁMIDE NUMÉRICA
Paulino.

A LA CHARADA RAPIDA
Estocolmo.

AL ACRÓSTICO

H iena.
T I gre.
O S o.
T oro.
Le O r.
Pante R a.
Bu I tre.
Jab A lí.
Elefa N te.
A rñilla.
An T ilope.
G U ervo.
Culeb R a.
Foc A
L obo.

Han remitido soluciones. — A la letra numérica: P. Soler (Gerona), Emilio Eroles, Jaime Basas, Jaime Tolrá, Pedro Mas Cuquet (Premiá de Mar).

A la mudanza: P. Soler, Jaime Basas, Jaime Tolrá, Pedro Mas Cuquet, Juan Pericas é Ignacio Riudoms.

A la charada: P. Soler, Emilio Eroles, Jaime Basas, Pedro Mas Cuquet, Ignacio Riudoms y Jacinto González.

A la pirámide numérica: P. Soler, Emilio Eroles, Jaime Basas, Jaime Tolrá, Pedro Mas Cuquet y Pedro de Jua.

Al acróstico: P. Soler, Jaime Basas, Jaime Tolrá, Pedro Mas Cuquet, Pedro de Juan y Antonio Manjorrés.

ANUNCIOS

POLVOS "Casadesús"
ESTOMACALES

PREPARADOS POR EL

D. MODESTO CUDKART

CURACION -
RADICAL
DE LAS ENFERMEDADES -
DEL ESTÓMAGO

PRECIO 150 Ptas.

ARCO DEL TEATRO 2 BARCELONA

LA DIABETES
resueltamente vencida

(POR EL)

Diabetífugo Puig Jofré

á base de la maravillosa planta mejicana
copaichi y otros tónico-coadyuvantes

Un frasco consigue rápida me-
joria. Tres, curación completa

Venta: FARMACIAS DE TODOS LOS PAISES

Agentes en España:

J. URIACH y C.ª BARCELONA

Dr. CASTELLARNAU

Especialista en Vías Urinarias. Tratamientos modernos de efectos rápidos.

Curación radical de la avariosis por el
nuevo procedimiento

del Prof. EHRlich, fórmula

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. — RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.

606

PIDASE PARA CURAR LAS
ENFERMEDADES NERVIOSAS
ELIXIR
POLIBROMURADO
AMARGÓS



QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9

LA COSMOPOLITA

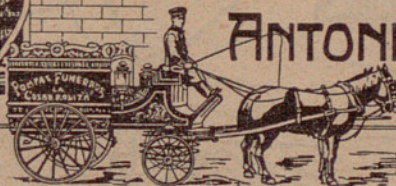
EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31
 (TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

BARCELONA

EL TORMENTO

EN LOS

CONVENTOS

~~~~~ POR ~~~~~

**FRAY GERUNDIO**

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital. Pro 1'25 se remite certificado a provincias.

**MAGNESIA**

**DE BISHOP.**

El Cítrato de Magnesia Granular efervescente Bishop es el mejor refrescante que se conoce. Puede tomarse todo el año. Delicioso como bebida matutina, obra con suavidad en el estómago e intestinos.



Inventado en 1857 por Alfred Bishop, es insustituible por ser el único preparado puro entre los de su clase.

Exigir en los frascos el nombre y señas de Alfred Bishop, Id., 48 Spelman Street, London.

**DESCONFIAR**

**DE IMITACIONES**



Goza el su'tán sus victorias  
 con jo gorio y carcajadas.  
 ¡Qué bien saorian las glori. s  
 si a puiso fuesen ganades!